

HABLO CON ROMÁN ANTE SU ARMARIO DE LUCES Y SOMBRAS

Román:

abre tu armario para crear una fugacidad que traslade las sombras a los días inversos, así sólo la luz habitará los cráneos absortos en su breve eternidad calcificada.

En los días inversos,

han de fructificar las herramientas y los signos, y han de hacerlo hundiendo su raíz en los estambres del corazón. La luz

ha de preceder a la muerte: una luz incesante sobre los mantos volcánicos y en la inmanencia

[de las aguas.

La luz

es médula de sombra; así es

en la incandescencia del pensamiento, en su ciega

función germinativa.

La luz

ha de vestir los órganos del dolor, besar

a la máquina que llora, penetrar suavemente

en la tiniebla invertebrada.

Román,

temo la escritura negra que pernocta en tus láminas: ¿certifica los ácidos y las espumas fétidas?

[¿Es, cruda y solamente, una delineación agónica?

En los metales insomnes, en las esferas imposibles y en los rostros inmóviles cuya mirada nos
[atraviesa sin mirarnos,
hablas de una naturaleza que no nos pertenece. Bien. Habla, sí, pero hiende,
hiende con acero y amor la madera. Atravesando la imposibilidad, se trata
de esculpir un país desconocido.

Román,

ésta es razón para que tus manos sean también penetradas por la luz y para que las sombras
[entreguen su espesor.

Desconozco

qué pueda ser la salvación, pero tú has labrado sus semillas y tu causa pulsátil
quizá rompa los círculos de nuestra patria cadavérica.

Procede

enloquecer, hacer nuestros, vibratorios y fértiles, los residuos del bronce, la potencia abrasiva
[de la luz encarcelada, urdir
los altos días en que el sufrimiento haga florecer los magnolios y en que la muerte sea
la madre de la vida.

Abre tu armario, Román, abre tu armario.

Antonio Gamoneda